

Pandemia del COVID-19, tanatopolítica y Antropoceno: pandemonios sígnicos para enfrentarse a lo real

Adriano Messias*

Recibido: 06.09.2022 — Aceptado: 26.10.2022

Titre / Title / Titolo

Pandémie de COVID-19, thanatopolitique et Anthropocène: pandémoniums significatifs pour affronter le réel

COVID-19 pandemic, thanatopolitics and the Anthropocene: signic pandemoniums to confront the real

Pandemia di COVID-19, tanatopolítica e Antropoceno: pandemoni signici per confrontarsi con il reale

Resumen / Résumé / Abstract / Riassunto

En este artículo, discuto aspectos del abordaje político y de la cobertura mediática de la pandemia del COVID-19 de 2020 a 2022 en Brasil, específicamente, pero también en otras regiones del mundo. Destaco el alto contenido de discursos y acciones tanatopolíticas que determinaron la adopción o no de conductas sanitarias y medidas económicas. Bajo el sesgo de la semiótica, del psicoanálisis y de las teorías de la comunicación, analizo escenarios en los que la pandemia y el virus del COVID-19 fueron «sequestrados» por ideologías extremistas, abriendo paso al negacionismo y a las campañas antivacunación, por ejemplo. Todo ese contexto de malestar exacerbado en la cultura refleja también la complejidad de la «Era de lo Humano», el Antropoceno, en el que se demuestra que nuestra especie es destructora no sólo de la biota y de otros seres, sino también de sí misma.

Dans cet article, j'aborde les aspects de l'approche politique et de la couverture médiatique de la pandémie de COVID-19 des années 2020, 2021 et 2022 au Brésil, en particulier, mais aussi dans d'autres régions du monde. Je souligne la haute teneur des discours et des actions thanatopolitiques qui ont déterminé l'adoption ou non de conduites sanitaires et mesures économiques. Sous le biais de la sémiotique, de la psychanalyse et des théories de la communication, j'analyse des scénarios dans lesquels la pandémie et le virus du COVID-19 ont été «kidnappés» par des idéologies extrémistes, ouvrant la voie au déni et aux campagnes anti-vaccination, par

exemple. Tout ce contexte de malaise exacerbé dans la culture reflète aussi la complexité de l'«Ère de l'humain», l'Anthropocène, dans laquelle notre espèce s'avère destructrice non seulement du biote et des autres êtres, mais aussi d'elle-même.

In this article, I discuss aspects of the political approach and media coverage of the COVID-19 pandemic from 2020 to 2022 in Brazil, specifically, but also in other regions of the world. I emphasize the high content of thanatopolitical discourses and actions that determined the adoption, or lack thereof, of sanitary conducts and economic measures. Under the bias of semiotics, psychoanalysis and communication theories, I analyze scenarios in which the pandemic and the COVID-19 virus were «hijacked» by extremist ideologies, opening the way for denialism and anti-vaccination campaigns, for example. This whole context of exacerbated malaise in culture also reflects the complexity of the «Era of the Human», the Anthropocene, in which our species is proven to be destructive not only of the biota and other beings, but also of itself.

In questo articolo si discutono aspetti dell'approccio politico e della copertura mediatica della pandemia di COVID-19 negli anni dal 2020 al 2022 in Brasile in particolare, ma anche in altre regioni del mondo. Sottolineo la veemenza del contenuto dei discorsi e delle azioni tanatopolitiche che hanno determinato l'adozione o meno di comportamenti sanitari e di misure economiche pertinenti. Nel quadro della semiotica, della psicoanalisi e delle teorie della comunicazione, analizzo scenari in cui la pandemia e il virus del COVID-19 sono stati «sequestrati» da ideologie estremiste, aprendo per esempio la strada a campagne di negazionismo e anti-vaccinazione. Tale contesto di esacerbato malessere culturale riflette anche la complessità dell'«Era dell'Umano», l'Antropoceno, nella quale la nostra specie si è rivelata distruttiva non solo per il biota e per altri esseri, ma anche per se stessa.

* Pontifícia Universidade Católica de São Paulo

Palabras clave / Mots-clé / Keywords / Parole chiave

Pandemia, COVID-19, semiótica psicoanalítica, tanatopolítica, Antropoceno



Pandémie, COVID-19, sémiotique psychanalytique, thanatopolitique, Anthropocène



Pandemic, COVID-19, psychoanalytic semiotics, thanatopolitics, Anthropocene



Pandemia, COVID-19, semiótica psicoanalítica, tanatopolítica, Antropoceno



Brasil: un estudio de caso distópico

El miedo comenzó a fragmentar la ciudad. Lazos de confianza se rompieron. Empezaron a surgir señales no solo de nerviosismo sino de rabia, no solo de dedos acusando o de protección de los propios intereses, pero señales de egoísmo ante la calamidad general. Los cientos de miles de personas enfermas en la ciudad se convirtieron en una carga demasiado pesada para llevarse. Y la ciudad comenzó a explotar en caos y miedo. (Barry, 375)¹

El gobierno federal no proporcionaba ninguna orientación considerada creíble por cualquier persona razonable. (Barry, 379)

La gente no podía confiar en lo que leía. De la desconfianza viene la incertidumbre; de la incertidumbre viene el miedo; y del miedo, en tales condiciones, el terror. (Barry, 381)

El primero de los epígrafes de este texto presenta un panorama similar al de varias ciudades del mundo durante la pandemia del COVID-19 que, en momentos

¹ Todas las traducciones fueron realizadas por el autor, a menos que se indique lo contrario.

críticos, se vieron impactadas por el pánico. La descripción podría atribuirse a Turín, Manaus o Guayaquil, que se han convertido en noticia en todo el mundo por la falta de atención médica y hospitalaria suficiente.

El segundo extracto parece sacado de algún artículo sobre los llamados gobiernos negacionistas de la referida pandemia: Brasil, Nicaragua, Turkmenistán, Bielorrusia y, posteriormente, México. El grupo de los cuatro primeros países fue llamado por el *Financial Times* de «Alianza del Avestruz»: entre ellos, la única democracia era Brasil (Schipani). Nicaragua estaba bajo el gobierno del dictador Daniel Ortega; Turkmenistán, con el liderazgo autocrático de Gurbanguly Berdymukhamedov, y Bielorrusia, sometida al gobierno dictatorial de Alexander Lukashenko.

La tercera cita, a su vez, parece confirmar nuestros tiempos difíciles tejidos por *fake news* y *deep fakes*.

Sin embargo, las tres citas se refieren a la pandemia de influenza de 1918-1919 y su impacto en los Estados Unidos. La ciudad a la que alude el primer fragmento textual, devastada y prácticamente dejada a merced de aquella calamidad, fue la histórica Filadelfia. El segundo epígrafe denuncia la falta de lineamientos y acciones sanitarias por parte del gobierno federal estadounidense, mientras que el tercero critica el discurso negacionista o minimizador de la mayoría de los periódicos impresos de la época. Mientras leemos las citas, tenemos la sensación de que poco ha cambiado en el manejo de una pandemia en poco más de cien años. Con el COVID-19, los mismos problemas de 1918-19 parecen haberse repetido en el mundo y lo que pudo haber sido, en Brasil y en otros países, un problema de salud pública bajo pautas serenas y unívocas, llevó a descontrol y errores que aumentaron el número de infectados y muertos. Fue notorio el desajuste de los líderes políticos de todo el mundo que despreciaron la gravedad de la situación y dieron malos ejemplos de comportamiento, generalmente con base puramente ideológica y con ataques a la ciencia.

En este texto comento modelos de gobernanza tanatopolítica aplicados durante la pandemia del COVID-19 en varios países, con especial atención a Brasil. En pri-

mer lugar, considero la tanatopolítica un «pasaje» de la biopolítica foucaultiana a otro estado de dominio del otro. La primera se ocupaba de las tecnologías de poder destinadas a «hacer vivir» a través del sometimiento —cognitivo, moral, jurídico, social o médico— del sujeto. Tal «potenciación de la vida» conduciría a la muerte, según el filósofo francés. Sin embargo, lo que aquí llamo «pasaje» no representa necesariamente un paso adelante en la biopolítica, como si se tratara de una evolución directa de los procedimientos de control. Ambos pueden coexistir. Los estudios sobre tanatopolítica son multidisciplinarios y pueden apoyarse en referencias de Hannah Arendt y Giorgio Agamben, entre otros, con la perspectiva de buscar una visión más especializada sobre la etapa civilizatoria actual. En este contexto, tenemos la figura central del *animal laborans*, el que trabaja para producir. En medio de las demandas de productividad para que el neoliberalismo siguiera en pie, el negacionismo de la pandemia fue reforzado en varios países o, según el caso, en ciertas regiones de un país, en detrimento de otras, quienes decidieron priorizar el colapso sanitario y la atención a los enfermos. En ese sentido, mientras en el Sureste de Brasil la ciudad y el estado de São Paulo tenían una gobernanza que priorizaba el aislamiento social y la investigación urgente de vacunas, muchas ciudades del resto del país quedaron a su suerte, como en el caso de la ya mencionada Manaus, metrópoli amazónica.

En el ámbito tanatopolítico que condujo muchas acciones en torno a la pandemia, se puede decir que las vidas importaron mientras siguieran siendo el motor del capitalismo: al fin y al cabo, las personas necesitan seguir teniendo poder adquisitivo. La incongruencia de este ciclo se presentó cuando el evento de la pandemia surgió con toda su fuerza: lo que antes parecía discurso de vida («sal a trabajar para mantener tu sustento y quizá tener una casa y lograr crear una familia») rápidamente resultó ser un discurso de muerte («sal a trabajar mientras tu jefe se protege porque tú necesitas tu sueldo»; «exponte para que puedas ganar inmunidad de rebaño»).

En los meses más conflictivos de la pandemia, entre 2020 y 2022, muchos terratenientes y grandes em-

presarios brasileños imitaban a los ya conocidos manifestantes progubernamentales, que muchas veces se juntaban y salían sin mascarillas por las calles del país, contrariamente a las recomendaciones de salud. Sin embargo, la diferencia fue que los manifestantes adinerados promovieron caravanas de automóviles: eran más seguras que salir a pie. Además, los coches caros conferían estatus social y económico. Al mismo tiempo que los medios de comunicación más confiables pedían a la gente quedarse en casa o salir a trabajar como último recurso y mantener la distancia y el uso de mascarillas, grupos negacionistas y de apoyo al gobierno de extrema derecha difundían *fakenews*. En las consignas de los manifestantes había pedidos para que los militares tomaran el poder, así como incitaciones para regresar inmediatamente al trabajo, afirmaciones de que el virus no era tan peligroso como se decía, además de otros pedidos y demandas antidemocráticas —como el cierre del Congreso y del Senado y el regreso del AI5²—. Estos son algunos ejemplos que siguen los imperativos de los discursos de muerte que actúan para eliminar a los «redundantes» sociales —o sea, los pobres y los extremadamente pobres— mientras que los «resilientes» —los que pudieron y los que querían estar aislados en casa— son más propensos a sobrevivir.

Los programas periodísticos de los medios televisivos vinieron, en principio, a «dar forma» al virus (de enero a marzo de 2020) —volveré a este aspecto en el ítem *Todo virus es un zombi*— y, semanas más tarde (abril/mayo/ junio de 2020), empleando imágenes fuertes como telón de fondo a un discurso que, si bien partía de la necesidad de «alertar» a las personas para que siguieran las medidas médicas preventivas, termino teniendo como efectos colaterales el pánico y la paranoia. Se sabía que la amenaza, real y mortal, estaba ahí

² AI5, acrónimo de Acto Institucional Número 5, es una mancha en la historia política de Brasil. Durante la dictadura militar que siguió al golpe de 1964, se crearon los llamados «actos institucionales» para legislar un país cuya Constitución había sido derogada. El número 5 fue el más severo de los actos institucionales, resultando en la pérdida de mandatos de parlamentarios contrarios a los militares, en intervenciones federales en municipios y estados, en la suspensión de garantías constitucionales que resultó en la institucionalización de la tortura, en la fuerte censura a las artes, en la prohibición de agrupaciones y reuniones con fines políticos y en la suspensión de los derechos políticos de los ciudadanos considerados subversivos.

fuera y que aún no había vacunas. La experiencia de aislarse socialmente e interrumpir buena parte de las actividades cotidianas externas reforzaba los síntomas de cada uno: los que tendían a la histeria, más histéricos se volvían; los fóbicos se aterrorizaron más; los paranoicos vivieron días de enorme angustia; los obsesivos se aferraban a los números y gráficos. La consecuencia de la exacerbación del malestar en la cultura fue el aumento de los casos de claustrofobia, hipocondría, paranoia y síndrome de pánico. Sin perspectivas de ver ceder la pandemia durante 2020, y con nuevas y calamitosas oleadas en varios momentos de 2020 y 2021, se generó una enorme desesperación emocional colectiva, sumada a los fracasos económicos ya esperados en un país que, en los últimos años, pero especialmente desde 2016, ha decaído en lo que más valoraba: su diversidad y libertad de expresión.

Siempre me he opuesto al argumento derivado del sentido común de que, si no se mostraran con insistencia imágenes de muertos y ataúdes apilados, los espectadores/lectores no se quedarían en casa. Desde mi punto de vista como semiótico, la saturación de los signos remite a menudo al sujeto a un «no ver», a un «no querer saber» o, peor aún, a una rutinaria —aunque emocionalmente inquietante— adaptación a la mortífera realidad de la cotidianidad. Con el tiempo, uno se cansa de lo que se presenta en los medios, agotado por el desfile de escenas que presentan caos hospitalario, testimonios de víctimas, desesperación de quienes han perdido a familiares y amigos. La salud mental también colapsó durante la pandemia. A esto se suma el hecho de que la población brasileña fue rehén —en sentido metafórico y también real— de los errores y embrollos de varios gobernadores de Estado bajo el mismo gobierno presidencial.

El juego político polarizado, que tenía de un lado gobernadores y alcaldes sensatos y partidarios del aislamiento social y, del otro, el gobierno federal y sus seguidores que insistían en reducir la proporción de lo que se pasaba en términos sanitarios, tuvo como sesgo la presentación de lo que llamo *facies* de la muerte. La gente, además de estar reclusa en casa, tuvo que presenciar

enfrentamientos y acusaciones políticas, sustituciones bruscas de ministros, secretarios y asesores, cambios estratégicos en los nombres que aparecían en torno a la presidencia, escándalos de varios órdenes, mientras el frente médico intentaba impulsar medidas urgentes de alivio y mitigación del gravísimo problema de salud que se estaba estableciendo. De esta manera, la lucha que, inicialmente, debía ser a favor de la vida, se convirtió en un enfrentamiento repetitivo, en el que distintas fuerzas difundían mensajes que se tornaban confusos para la población, un choque de la pulsión de muerte contra la pulsión de vida.

El pandemio semiótico y la confrontación de lo real

Aclaro que este análisis no pretende invalidar o contradecir lo que los investigadores de la medicina, la ciencia y la salud han proclamado como la mejor conducta durante todo el período de la pandemia del COVID-19. Lo que me interesa es mirar las estrategias de los vehículos de comunicación —que son los intermediarios, intérpretes y traductores de lo que es considerado noticioso— en una situación única, catastrófica y sumamente difícil. Los epidemiólogos decían repetidamente en entrevistas que no se trataba de tener un plan A y un plan B: la alternativa era que la mayor cantidad de gente posible se quedara en casa para que no hubiera sobrecargas en el sistema único de salud, el SUS³, evitando, así, que un mayor número de pacientes necesitaran hospitalización y pudieran morir.

A este panorama complejo se suma la enorme diversidad social y económica de los brasileños: no solo cada estado, sino que cada región de cada estado presentó sus propios escenarios de contagio, crecimiento de curvas, de gravedad y de subregistro de casos. Sin embargo, la disyunción de prácticas discursivas entre el gobierno

³ El Sistema Único de Salud (SUS) es el nombre del sistema público de salud en Brasil, creado por la Constitución Federal de 1988. Entre los países con más de 200 millones de habitantes, Brasil es el único que tiene un sistema público universal de salud totalmente financiado por el estado.

federal y su Ministerio de Salud, la cual provocó la sustitución de dos ministros médicos, hizo insegura a la población ante a la mala coordinación de la pandemia. Además, el Presidente de la República, en varias ocasiones y de manera pública, desaprobó las recomendaciones del propio Ministerio de Salud y también de la Organización Mundial de la Salud, la OMS, incumpliendo las normas de aislamiento social y procedimientos de seguridad, como el uso de mascarillas. Con la llegada del segundo ministro al Ministerio de Salud no solo se cambió el equipo, sino también la forma en que se abordó el tema de la pandemia: en las semanas posteriores a mediados de abril de 2020, comenzaron a tardarse en divulgar los datos de contagios y muertes, no se respetaban más los tiempos de conferencias oficiales de prensa y las famosas curvas y gráficos que antes eran mostrados al público perdían su protagonismo. Consecuentemente, la audiencia de esos tan esperados discursos vespertinos disminuyó. Posteriormente, con un tercer ministro de salud, a su vez no perteneciente al área médica, los datos diarios tuvieron nuevos retrasos de divulgación, pasando a las siete o a las ocho de la tarde y luego a las diez de la noche, lo que motivó a varios vehículos de comunicación a crear su propio consorcio de difusión de datos, ya que el gobierno federal no aportaba información clara⁴.

La digresión anterior es adecuada para ilustrar el escenario tumultuoso y polifónico en el que el COVID-19 comenzó a tomar forma tanto en los medios como en la mente de los brasileños. Toda interpretación tiene lugar entre signos —por ejemplo, los mediáticos, los de la sociedad en sentido amplio, los de un sujeto a otro a través de la producción de semiosis, que, a su vez, se derivan y dependen de los repertorios de signos disponibles—. Una semiosis, por tanto, es una red sin fin, abierta al futuro. También se puede decir que los signos tienen un comportamiento viral: una de las categorías de signos, los símbolos, crecen, se multiplican y mutan.

⁴ También hubo una cuarta sustitución de ministro, trayendo finalmente a otro médico al cargo. No obstante, la injerencia del Presidente era notoria y cualquier actitud que lo contradijera en la conducción de la pandemia generaba un gran malestar interno.

Pensamos y nos constituimos a partir de signos y es aquí donde lo real peirceano puede encontrarse con lo real lacaniano⁵, ya que, en ambos pensadores, tratar con esta instancia llamada «lo real» requiere una producción de significados a través de las inferencias de lo simbólico, es decir, del lenguaje. Para Peirce, lo real podía investigarse a través de la experiencia común; para Lacan, el lenguaje era lo que intentaría circundar lo real, a su vez intangible e innombrable, confluencia que complementa con la siguiente cita:

Peirce afirma que lo real sería aquello que no es lo que finalmente pensamos de él, pero que permanece inalterable por lo que podemos pensar de él (...). En este caso, lo real es lo que existe independientemente de lo que pensemos sobre él (...) y, en ese sentido, es ontológicamente independiente de nuestros procesos epistémicos. (Franco y Borges, 71)

En semiótica también se puede decir que lo real es independiente de lo que cualquiera pueda decir sobre él; sin embargo, si hay algún acceso a él es a través de signos (Andacht, 41). En el real lacaniano, sin embargo, hay algo que nunca deja de escribirse, pura repetición que insiste en la latencia de algo inabordable, imborrable y del plano de la contingencia. Pero si lo real no puede ser aprehendido, solo imaginado y representado, esto solo es posible sobre la base de un conocimiento previo. Con la semiótica diríamos que el acceso a lo real se da a través de signos: «El universo de las cosas es opaco hasta que no se encuentra la semiosis apropiada para iluminarlas, y hasta que no conseguimos hacerlo desde el ángulo comunitario adecuado» (Andacht, 43).

Pensemos cómo esa «emergencia de lo real» llamada pandemia del COVID-19 comenzó a ganar apariencia, forma, estatus y valor en medio del caos político y sanitario. Por un lado, hay un tipo de miedo que está ligado a nuestro origen biológico —es decir, a la memoria de supervivencia de nuestra especie— pero, por otro lado, ese mismo miedo tiene un sesgo ontológico — casi un recuerdo atávico de los tabúes y prohibiciones que dictaban las bases de las sociedades—. A mi modo de

⁵ Aunque de ninguna manera sean conceptualmente comparables.

ver, la emergencia de lo que llamamos monstruoso, por ejemplo, se representa preferentemente como imagen, y de tal manera que parece que ésta lleva en sí misma el calco de la Cosa freudiana —que moviliza también la idea del *Doppelgänger*—. En suma, el virus transformado en imágenes asume también una función de máscara, «cubriendo» o «tapando» lo real con las fabulaciones de lo simbólico —aunque fracase—. Por ejemplo, un dibujo del virus del COVID-19 asusta con sus giros y sus espinas iconográficas. Si, como metáfora de los virus de la biología, los signos mutan, como ya dije, me pregunto si en pleno siglo XXI los cánones clásicos de lo que puede considerarse noticia siguen todavía vigentes como hace treinta o cuarenta años, por ejemplo, pensando aquí en los estudios de comunicación del sociólogo Niklas Luhmann (57-77). En gran medida, creo que sí, y lo discutiré adelante.

La «nueva normalidad» resultó ser una anomalía semántica incongruente en sí misma, ya que lo normal es precisamente lo que no se debe notar. Si hace frío, uno se pone una blusa para salir, y esa ha sido la norma en la civilización durante mucho tiempo. Ponerse mascarilla, al menos para buena parte del planeta, no es algo normal. La «nueva normalidad» es, así, antitética: en ella habita el miedo al monstruo, al extraterrestre que está ahí fuera, invisible, o que incluso puede estar dentro del cuerpo como una astuto huésped.

Se podría pensar que un monstruo es inicialmente percibido por el sesgo icónico —cuando es poco presentado—. Pero dar forma a lo que, en primera instancia, es amorfo, informe, elusivo e imperceptible para la mayoría de las personas, trajo una apurada precipitación representativa. Si tuviéramos que convertir la pandemia en una película de ficción, sin duda sería un *thriller* de terror y ciencia ficción con muchas escenas de suspense, inundando de miedo al espectador. Y parece que, en cierto modo, eso fue lo que sucedió en los grandes medios, ya que no hay hechos por sí mismos, sino siempre interpretaciones y, por supuesto, también algo de ficción. Al querer «narrar» la gran novela trágica que fue la pandemia en sus peores años, los medios solo pudieron vacilar en su capacidad de representar lo real. Es que

esto último siempre será más fuerte que lo imaginario y lo simbólico. Y esta vacilación se revelaba en los excesos de imágenes contundentes, en los tonos de voz y en las actuaciones muy dramáticas de los portadores de las noticias. Después de todo, el peligro estaba ahí afuera. O, parafraseando el título de una de las temporadas de *Expediente X (The X-Files)*, «la verdad estaba ahí afuera». ¿Pero qué verdad? La única: lo real se revela contra nuestra voluntad.

En primer lugar, analizo que la falta de un abordaje semiótico específico para presentar el tema a la población hizo que los vehículos de los medios televisivos utilizaran un lenguaje muy similar al utilizado por los países europeos con más contagios cuando el virus llegó a Brasil: un énfasis en el aspecto catastrófico de la pandemia, con una exhibición de hospitales abarrotados, falta de camas, equipos, mascarillas y otras protecciones, profesionales de salud agotados y visiones de lo macabro y de la muerte, entre estas últimas, a mi juicio, las peores que se han difundido: tumbas, ataúdes y cadáveres.

Este panorama reflejó, por un lado, la dificultad de comprender la complejidad del problema por parte de los medios televisivos de Brasil y, por otro lado, su actuación haciendo un llamado desesperado de los profesionales de la información a personas, gobiernos e instituciones que insistían en ir en contra del aislamiento social. También había algo sensacionalista al respecto con la intención de aumentar las audiencias. La competencia entre canales de televisión se hizo aún más feroz: quien lograba transmitir las imágenes más trágicas y morbosas creía poder captar la atención de una audiencia más amplia.

Así, a partir de las aterradoras imágenes de Italia y España que llegaron a Brasil en marzo de 2020, este país pasó, en abril y mayo del mismo año, a buscar presentar ese mismo tipo de goce mortífero: la sobreexposición mediática de la muerte. Había, en muchos medios, un lenguaje permeado por órdenes de encierro y prohibiciones, desencadenando sentimientos de pánico, pavor, miedo y desesperación. Era como si una gran plaga descendiera de un país a otro, casi como un casti-

go divino planetario, y muchos grupos religiosos incluso lo decían así. Este fue el énfasis de muchas hipótesis conspirativo-religiosas que circularon en medios de comunicación paralelos.

Evidentemente, y quiero reforzarlo, aunque ya lo haya dicho al comienzo de este texto, en la pandemia del COVID-19 se estaba tratando un tema de salud muy grave en todo el mundo, y se tomaron medidas para restringir los viajes, evitar aglomeraciones y aumentar la protección personal —mascarillas, agua y jabón y uso de alcohol en gel—. Por tanto, lo que discuto aquí es la forma en que las imágenes del terror se presentaban al espectador, sugiriendo en ocasiones algo mucho más cercano a un Apocalipsis zombi que a una sociedad que necesitaba tranquilidad para contenerse. Fue notable el goce con diferentes formas de miedo: miedo de salir de casa, de contaminarse, de enfermarse mucho y no encontrar atención médica, de que aumentara la violencia en las calles, de la falta de alimentos y de medicinas en supermercados y farmacias.

Al cabo de algunas semanas, los canales de televisión sin otra programación actualizada que no fuera la periodística comenzaron a repetir programas de archivo, una especie de culto nostálgico a una época de más felicidad: partidos de fútbol, torneos, conciertos, telenovelas. El efecto de este regreso al pasado tampoco fue positivo para el estado mental de las personas. Vuelvo al aspecto mediático: las repeticiones son un elemento importante en el análisis que aquí hago y los programas informativos se han centrado en lo redundante. En primer lugar, porque el período de la pandemia fue, en prácticamente todo el planeta, una especie de presente continuo: las informaciones tendían a ser negativas y todas con narrativas muy similares. En segundo lugar, no había cómo producir nuevos programas en un momento en que la mayoría de las personas intentaban permanecer recluidas, incluyendo los profesionales de los medios. En tercer lugar, la repetición expresa, una vez más, la enorme dificultad de distraerse de la mirada medusante de la «Cosa Pandémica» —*das Ding der Pandemie*, podríamos decir en clave freudiana—.

Nos dejamos seducir por la sirena que cantaba réquiems en los canales de televisión todo el tiempo. Fue una plétora, una avalancha, un bombardeo informativo tan intenso y nunca antes visto que no pudimos deshacernos de él. Los ojos gorgóneos estaban allí: sobre todo en las imágenes, coronados por los tonos de voz, las pantomimas corporales y, notablemente, por los titulares que circulaban de derecha a izquierda en la parte inferior de las pantallas noticiosas. Ellos no eran apenas resumidos, como de costumbre, pero se mostraron también como microenunciaciones a menudo desprovistas de verbos y con errores gramaticales. Del pronunciamiento de un médico, un político o un investigador, se aislaba una expresión, dándole un tono alarmista y descontextualizado.

Redundancias en la comunicación

¿Qué sucede con la repetición de imágenes, especialmente aquellas que apelan a lo trágico? Me atengo a la fuerza de lo irrepresentable desplegado en redundancias que indican la angustia del sujeto. El aspecto inabordable de lo real provoca en nosotros juegos de desciframiento, muchos de los cuales inútiles: fueron creados fatigosos intentos de acierto que se redujeron a materializaciones del virus en los medios a través de creativas formas coloreadas. Mi afirmación ha sido que lo que se repite sin cesar —y hay algo de sintomático en ello, como proponía Lacan— al fin y al cabo no sigue prestando ningún servicio efectivo en el ámbito social. Reiteraciones interminables de un objeto demuestran que no hay forma de dar cuenta de lo real. Y, en este contexto, el malestar cultural se magnifica por la forma en que se transmiten las noticias y, más que eso, por la manera como estas son «imageadas».

Siguiendo la hipótesis del *agenda setting*⁶ —formulada, entre otros, por Maxwell McCombs y Donald Shaw en

⁶ La hipótesis del agendamiento o *agenda setting* plantea que tendemos a considerar más importantes los temas que se transmiten de manera más prominente en la cobertura periodística y, por tanto, comenzamos a considerarlos en la agenda en

la década de 1970 (cf. McCombs y Shaw; McCombs)—, digo que los medios, durante al menos dos años, sólo tenían dos agendas básicas: la pandemia (y sus temas afines) y la política (y sus temas afines). Los vehículos de comunicación fueron bien intencionados la mayor parte del tiempo, pero no dejaron de ser ansiogénicos, provocadores de fobias y de hipocondrías. Algunos periodistas y comentaristas resultaron excesivamente alarmantes, mientras que los programas vespertinos de los medios sensacionalistas de la TV abierta mitigaron o negaron el problema, cuando no distrajeron al espectador con noticias alienantes.

Niklas Luhmann (57-62) propone que los medios funcionan como un sistema autopoiético, o sea, cerrados en sí mismos, y que necesitan de ciertas estrategias para seguir existiendo. Para el investigador, los siguientes «selectores de noticias» son considerados:

- a) sorpresa, a su vez reforzada por la discontinuidad: una información debe ser nueva y no se desean repeticiones; si se debe repetir algo, hay que hacerlo con nuevo ropaje, siempre creativo e impactante;
- b) los conflictos tienen predilección;
- c) las cantidades llaman la atención porque son informativas y, en cierto modo, pueden transmitir credibilidad matemática y estadística. Cuanto más compacto es un evento a nivel local y cronológico, más necesitan los medios apoyarse en datos numéricos, como el número de muertos en una epidemia o la gran pérdida de dinero en un acto de corrupción política;
- d) la relevancia local, sobre la cual Luhmann da el siguiente ejemplo

El hecho de que un perro mordiera al cartero solo puede reportarse como noticia dentro de un ámbito local muy reducido. Para llegar a círculos más lejanos, se necesitaría una jauría entera de perros para destrozarse a un cartero, e incluso eso no se informaría en Berlín si el hecho ocurriera en Bombay. La distancia hay que compensarla con la gravedad de la información o por la extrañeza, o por el elemento exótico (*Opus cit.*, 59-60);

detrimiento de otros. A medida que las redes se hicieron más presentes en nuestras vidas, también se convirtieron en una importante fuente de agendamiento.

- e) las transgresiones morales, de derecho, de lo políticamente correcto, y aquí vienen los escándalos que ganan notoriedad pública;
- f) el requisito de actualidad (recursión);
- g) la expresión de opiniones.

Todos los selectores mencionados anteriormente son aún más efectivos porque están determinados por organizaciones e instituciones mediáticas que se preocupan por la selección y creación de rutinas de noticias. En general, en el caso de la cobertura de la pandemia del COVID-19, la actuación de los medios televisivos en Brasil adoptó una puesta en escena de construcción de noticias que buscaba no solo informar, sino también cautivar al espectador, con el fin de asegurar la audiencia, que siempre es uno de los objetivos explícitos de todos los medios. Con el tiempo, sin embargo, las llamadas de noticias de última hora —los *breaknews*— y las franjas rojas con la palabra «urgente» en la parte superior de las pantallas ya no tendrían el efecto deseado. En el desfile de horrores que marcó la agenda mediática, la incomodidad del espectador aumentó de manera tan considerable que parte de la audiencia comenzó a buscar paliativos o simplemente a evitar los programas periodísticos. Se puede decir que a menudo hubo una táctica de «golpear y soplar», que siempre corre el riesgo de poner a prueba los límites emocionales del espectador. Por ejemplo: luego de una secuencia de noticias trágicas sobre el COVID-19, se presentaban informaciones más leves, como el desarrollo de una vacuna, pero aún con muchas improbabilidades y temores, o la presencia de la solidaridad social con las poblaciones de riesgo.

Todo virus es un zombi

Me imagino que mucha gente se preguntaba qué hacer con un virus que empezó a actuar discretamente en una provincia china pero que, poco a poco, ganó el escenario mundial de manera nefasta y desafiante. Semiotizamos la realidad para que nos sea más comprensible y menos aterradora. Inicialmente, percibimos el mundo a través de los sentidos. El lenguaje simbólico sólo vie-

ne en segundo plano, aunque su «entrada» represente milisegundos en tiempos de diferencia con relación a lo previamente percibido. De esta forma, los estímulos crudos e inmediatos de la experiencia —los llamados perceptos—, cuando se nos aplican, nos afectan sin que aún podamos contar con el orden de la razón. En primer lugar, puede que sea la apariencia la que nos arrebate. Posteriormente, nos llegan formulaciones y conjeturas hipotéticas, heurísticas y abductivas. Por lo tanto, lo que se presenta ahora recibirá interpretación sólo más adelante. En este caso, a esta «entrada» de materiales icónicos desde la primeridad peirceana yo la llamo «percepción de intrusión». La función, en este caso, sigue siendo «mostrativa» y cualitativa, es decir, algo se percibe en su propia «mostración». Aprecio esta palabra por su relación directa con la etimología de «monstruo» (cf. Messias, 61), que se adecúa muy bien a las proposiciones que hago a continuación sobre el virus del COVID-19.

Hay una función que obedece a cierta lógica: los temas urgentes y serios requieren imágenes fuertes, muchas veces espantosas y repugnantes, lo que parece funcionar casi como una especie de ley en la economía interna de las editoriales periodísticas. Y si la agenda específica del COVID-19 ya era intensa y muy heterogénea, a ella se sumó la agenda política que, a lo largo de una jornada, presentaba un desfile de incongruencias y desencuentros gubernamentales para con la crisis sanitaria.

Sumado a esto, hay que considerar que un virus, por sí mismo, no alcanza el campo de la visión humana, ni el de la refracción normal de la luz. Cuando este se convierte en la causa de una pandemia, por lo tanto, es necesario «darle vida», y eso es lo que hicieron las infografías, las tablas, las curvas y los dibujos que llenaban las pantallas, muchas veces elaborados de forma apresurada, con errores e información confusa, permaneciendo expuestos durante un tiempo excesivamente breve para que el espectador pudiera de hecho entender lo que se le mostraba. Todo este amplio espectro es parte de los intentos de racionalizar lo inabordable de lo real.

Destaco en este trabajo el valor icónico del signo en el caso de las imágenes de las coberturas mediáticas

del COVID-19. La demostración iconográfica, ilustrativa, geométrica y coloreada del virus es un aspecto importante a considerar. Estrictamente hablando, según la física los virus ni siquiera tendrían colores. Para que alguien vea el color de una imagen, la fuente de luz tiene que caer sobre esta, reflejarse y luego llegar a nuestros ojos. La luz, sin embargo, es demasiado larga para iluminar un virus y solo puede ser «visto» con un microscopio electrónico, que es lo que permite a un científico «dibujar» la forma de un virus.

En cuanto al color, se vuelve aleatorio y ligado a la creatividad de los diseñadores gráficos. Por tanto, las imágenes del coronavirus responsable por el COVID-19 que vimos en varios medios de comunicación fueron creadas y, en ese sentido, se convirtieron en invenciones.

Un virus es una especie de avatar en biología que necesita recibir un ropaje que funcione como un «exoesqueleto» para hacerse «ver» y entender por el sentido común como ya he dicho. En general, un virus infeccioso consta de moléculas de proteína que pueden invadir las células huésped. Él, por lo tanto, es un enigma y un liminar semiótico. Los biólogos aún no han llegado a un consenso sobre dónde ubicarlo en la danza de los reinos; los semióticos debaten si los virus pueden producir semiosis o no (Kull; Nöth [entrevistando a Kull]). En suma, un virus no está ni vivo ni muerto. Es un componente de la biota planetaria que se ubica en un *entre-deux*, o sea, es un éxtimo para la cultura —aquí, empleo el concepto lacaniano de extimidad—.

Desde el cine de fines de la década de 1960, el virus como monstruo ha caminado junto a la cultura pop desde una fabulación que lo ubica como resultado de contaminación y de fugas radiactivas. En varias producciones cinematográficas, una epidemia de zombis surge como consecuencia de una epidemia viral letal. De un lado y del otro, dentro y fuera del cuerpo, en el sujeto y en la civilización, los zombis son muertos vivientes, muchas veces de comportamiento viral. El virus biológico se comporta como un híbrido mecánico, sin apariencia orgánica, pero no completamente inorgánico: un «casi» elemento. Debido a estos factores desafiantes e inclasificables, los virus se han vuelto muy apreciados por la ficción.

Formas para lo innombrable: del quiroptérico al desbordamiento zoonótico

Regreso a las primeras narrativas sobre el COVID-19, todas con un fuerte contenido visual. En un principio, parecía que un nuevo patógeno procedente de la sangre de algún animal salvaje se había propagado por los mercados abiertos de Wuhan, una ciudad china de la que poco habíamos oído hablar hasta entonces. Uno de los «villanos» biológicos sería el murciélago, y aquí tenemos, una vez más, el elemento quiroptérico, al que ya he dedicado algunas páginas (cf. Messias, 120-130) —asociación medieval con la brujería y con el desconocido—. Desde los televisores de nuestros hogares, un apocalipsis zombi anunció que lo real trajo un culpable: el humano. Entre los indios Huni Kuin del estado brasileño de Acre y de la Amazonía oriental peruana, *quatipuru* es el nombre que se le da al murciélago, siendo tabú devorarlo (cf. Lagrou). En una civilización sin dirección ecosófica como la nuestra, era necesario encontrar rápidamente la explicación biológica del desastre, no solo sanitario, sino ecológico: una vez más, el refugio escondido de alguna especie había sido invadido.

Lo indecible recibió varios nombres: en un principio, «virus chino» (con una carga xenófoba, que incluso provocó oleadas de prejuicios contra los pueblos orientales); después, «coronavirus» (pero pronto se supo que los coronavirus son variados), «nuevo coronavirus» (término en el que los propios periodistas insistieron durante mucho tiempo, junto a otra aberración neológica: la llamada «nueva normalidad»), «COVID-19» y «Sars-Cov-19». Como a menudo necesitamos el guión de la ficción para dar forma a las probabilidades científicas, se puede suponer, al igual que otras enfermedades infecciosas en la historia humana, que el estrés de los murciélagos o pangolines atrapados, transportados y confinados para consumo humano puede haber desencadenado respuestas y defensas inmunológicas en forma de un virus latente que luego se volvería manifiestamente contagioso. En estos casos no se necesita mucho esfuerzo más: basta

que los fluidos del animal entren en contacto con las mucosas o con lesiones en una persona para que se pueda producir una catástrofe epidemiológica.

La notable experiencia con la pandemia del COVID-19 señala de una vez por todas que ya no es posible pensar en las viejas dicotomías (naturaleza vs. cultura; salvaje vs. civilizado; animal vs. humano), o nos arriesgamos a caer en el gran engaño dicotómico creado por nuestra especie.

Si hubiésemos establecido nuevas formas y, más aún, si hubiésemos preferido un camino civilizatorio más tenue, menos abrupto en cuanto al surgimiento de un capitalismo devorador tardío, estaríamos conviviendo mejor con el planeta y los agentes de su biota. Y, probablemente, no hubiéramos tenido esta pandemia o, de haber surgido, no hubiera causado los daños que dejó en su camino. Cualquier epidemiólogo diría que lamentablemente no hemos aprendido mucho, como civilización, a partir de la pandemia de 1918-1919. Si no existieran aglomeraciones urbanas tan intensas por el planeta y en un solo lugar —perturbaciones extensas nacidas de la noche a la mañana a partir de la década de 1960 como arquitecturas duras que se repiten en varios países— el comportamiento de una nueva enfermedad habría sido diferente. A las megaciudades se suman las facilidades de intercambios hoy en día, en las que, a la velocidad de los aviones, también vuelan microorganismos atrapados en sus ruedas. Barcos, trenes, camiones, todos los medios de transporte contribuyen a la propagación de patógenos. La civilización se prolifera en redes y vías de todo tipo. Una aldea contaminada podría aislarse fácilmente y así un virus perdería su fuerza después del alcance de la inmunidad colectiva, en el peor de los casos. Esto es lo que debió pasar con los grupos humanos prehistóricos: al cabo de un tiempo, un agente infeccioso ya no actuaba.

¿Cuándo será la próxima pandemia?

A partir de la «mostración» del virus, establecí consideraciones sobre sus variadas y multifformes representa-

ciones, con énfasis en los medios televisivos brasileños. La elección de estos medios de mi parte no fue casual: desde hace muchos años, los programas periodísticos televisivos han perdido credibilidad a favor de las redes sociales. Millones de personas comenzaron a confiar más en aquello que es anunciado por su grupo de Whatsapp familiar que en lo informado en la escalada de noticieros televisivos, por ejemplo. En cierto momento, la pandemia parece haber vuelto a traernos la necesidad de una voz más o menos común y con un tono científico extraoficial, ya que, en lo que se refería a la vida o la muerte, las especulaciones de las redes sociales añadían poco. Esto ocurrió en Brasil en marzo, abril, mayo y junio de 2020, sobre todo. La pregunta era en quién confiar en un momento en que solo había suposiciones y ninguna certeza, aparte de que el virus, como suele ocurrir en las epidemias, se estaba propagando muy rápidamente. Contagiaría a más y más personas, su propagación alcanzaría un punto máximo con fecha incierta y, al cabo de un tiempo que no se ha podido precisar, la temida curva de subida se estabilizaría para luego descender —aún así, con la probabilidad de que sufriésemos otras olas virales—.

Las enfermedades infecciosas en nuestra especie fueron propagadas por la forma de vida sedentaria que adoptamos hace entre 30 y 10 mil años, periodo en que se instauró la agricultura y la ganadería. Muchas generaciones de la misma especie (pollos, vacas, cerdos, cabras) criadas en espacios cada vez más reducidos, especialmente después de la Revolución Industrial, han facilitado en gran medida las mutaciones virales. Las megalópolis de la época contemporánea y la devastación de ecosistemas, provocando la invasión de nichos particulares de especies reservorios de agentes infecciosos, también se suman al trágico escenario. Este contexto urbano superpoblado y socialmente desigual está marcado por la falta de condiciones sanitarias y atención médica adecuadas. Además, las crecientes oleadas de grupos reaccionarios y negacionistas (movimientos antivacunas y tierraplanistas, por ejemplo) se sumaron a los altos niveles de violencia y al surgimiento de gobiernos de extrema derecha aquí y allá en todo el planeta pregonando el uso de ar-

mas por parte de civiles, la exclusión, la segregación, los prejuicios y el racismo y, por otro lado, desprestigiando la educación, las ciencias y las artes.

El crecimiento de una pandemia camina con la escasez de recursos humanos, médicos y éticos. Por supuesto, son varios los eventos que pueden impactar en nuestro planeta: un asteroide (de remota posibilidad), la temida guerra nuclear (siempre una amenaza potencial) y el cambio climático (cada vez más irreversible). Sin embargo, a la complejidad del Antropoceno se suma el riesgo latente, posible e inminente de no una, sino varias epidemias y pandemias. Y una pandemia es, sin duda, un estado de guerra contra un agente invisible. Sin embargo, este tipo de amenazas, a diferencia de otras, nunca ha sido tomada en serio por los gobiernos.

Los científicos han hecho una serie de advertencias sobre posibles pandemias desde el siglo XX. La pandemia más intensa de la que tenemos noticias fue sin duda la injustamente llamada «gripe española» o influenza, que probablemente surgió en 1918 entre militares de los Estados Unidos que se preparaban para combatir en la Primera Guerra Mundial. Esta pandemia llegó a matar, según las estadísticas, que varían mucho, de 40 a 100 millones de personas en todo el mundo. Además de esta, tuvimos otras pandemias respiratorias muy importantes: en 1957, la gripe mató a un millón y medio de personas, y en 1968, a un millón. En 1997 y, posteriormente, en 2003, la gripe aviar H5N1 enfermó a 861 pacientes y acabó con la vida de 455. También en 2003, el SARS, la primera pandemia de coronavirus del mundo y que surgió en el sur de China, infectó a 8096 personas e hizo 744 muertes; en 2009, la influenza H1N1 causó 284 mil muertes en el planeta y el temido MERS, también causado por coronavirus, apareció inicialmente en Arabia Saudita en 2012 e infectó a 2494 y mató a 858. H5N1, SARS y MERS mostraron la importancia de controlarse la transmisión viral desde otros animales a nosotros, ya que nuestro organismo no estaría preparado para enfrentarse a patógenos de otras especies (cf. Shah, 2010, 2016).

En 1999, la Organización Mundial de la Salud, OMS, desarrolló un plan para el control pandémico y, en 2005, fue establecida una serie de medidas que los

gobiernos de todo el mundo deberían empezar a tomar. En 2017, el Banco Mundial alertó sobre las mutaciones aleatorias que sufren los microbios y, en el mismo año, la revista *Time* señaló la posibilidad de una próxima pandemia y sobre la falta de inversiones preventivas en Estados Unidos (cf. Walsh). El brote de ébola en África occidental en 2014 demostró al mundo lo rápido que pueden propagarse las enfermedades infecciosas. El COVID-19 nos ha enseñado una dura lección: todo un planeta no puede confiar en prácticamente un solo país para que se obtengan suministros médicos cuando ese mismo país también vive una epidemia o pandemia, como era el caso de la China en 2019-2020.

En mayo de 2018, investigadores de la Universidad John Hopkins de Baltimore realizaron un experimento llamado Clade X, un juego de guerra y simulación que estudiaba qué sucedería si un agente pandémico con una alta capacidad infecciosa se extendiera por el mundo. La conclusión a la que llegaron los científicos es que no estaríamos preparados para ello: ciertas enfermedades se propagan muy rápido, las vacunas en general tardarían en crearse, incluso debido a sus numerosos protocolos de seguridad, y la política de diferentes países podría interponerse en el camino del control sanitario. Este experimento de alguna manera sonó como una advertencia que, sin embargo, no fue escuchada.

Michael Osterholm y otros investigadores (Osterholm *et al.*, 2020; Osterholm y Olshaker, 2020a) también habían dicho que una pandemia estaba en camino al mundo. Sus estudios tuvieron en cuenta los recientes brotes y epidemias de diversos patógenos en todo el mundo y, sobre todo, la primera ola, la segunda ola y los posibles picos que podrían surgir en una situación en la que los datos de salud pública serían los más necesarios y fiables para el control de una enfermedad.

Necesitamos pensar en cómo la movilidad de las especies, la humana y las demás, impacta en la propagación de patógenos. Los homínidos siempre han sido migrantes, a menudo en grandes masas. Los cambios que provocamos en el planeta también repercuten en las especies nativas y autóctonas, que modifican su entorno y comienzan a buscar espacios urbanos, por ejemplo —y

aquí vale la pena mencionar que prácticamente todas las enfermedades infecciosas se originaron en la fauna (sobre este tema específico de migraciones, véase Shah)—.

Las epidemias están directamente relacionadas con la superpoblación del planeta, los impactos ambientales, el cambio climático, la globalización de los bienes y mercancías, con el hecho de que personas viven en un incesante ir y venir, con la realidad de las redes de información ubicuas (que pueden propagar *fakenews*) y con la invasión de ecosistemas en búsqueda de nuevos sitios de exploración. El elevado contacto con animales salvajes favorece la propagación de zoonosis (el 60% de las enfermedades infecciosas son de origen zoonótico; el 75% de los patógenos de todas las enfermedades infecciosas se deben a virus que pasan de los otros animales al hombre). Además, las futuras misiones espaciales podrían facilitar el intercambio viral y bacteriano entre Marte y la Tierra, por ejemplo. Y las rocas traídas de otros orbes también pueden contener patógenos. Anteriormente, las enfermedades tardaban de 4 a 5 años en propagarse entre los países; ahora, es cuestión de días, horas, de ahí la necesidad de modelos matemáticos.

Y las rocas traídas de otros orbes también pueden contener patógenos. Anteriormente, las enfermedades tardaban de cuatro a cinco años en propagarse entre los países; ahora, es cuestión de días, horas, de ahí la necesidad de modelos matemáticos. Y no fue un solo pueblo el que tuvo problemas con el virus. Fue la especie humana.

Referencias bibliográficas

- Andacht, Fernando. *Un camino indisciplinario hacia la comunicación: medios masivos y semiótica*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano, 2001.
- Barry, John M. *A grande gripe. A história da gripe espanhola, a pandemia mais mortal de todos os tempos*. Rio de Janeiro: Intrínseca, 2020.
- Clade X. «A Pandemic exercise». https://www.centerforhealthsecurity.org/our-work/events/2018_clade_x_exercise/clade-x-resources Recuperado el 6 de mayo de 2020.

- Franco, Juliana Rocha & Borges, Priscila Monteiro. «O real na filosofia de C. S. Peirce». *Teccogs: Revista Digital de Tecnologias Cognitivas*, TIDD/ PUC-SP, São Paulo, n. 12, jul-dec. 2015, pp. 66-91.
- Kull, Kalevi. «Vegetative, Animal, and Cultural Semiosis: The Semiotic Threshold Zones». *Cognitive Semiotics*, ed. 4, primavera de 2009. <https://www.degruyter.com/view/journals/cogsem/4/Supplement/article-p8.xml> Recuperado el 5 de julio de 2020.
- Lagrou, Els. «A vingança do povo morcego e o que ele pode nos ensinar sobre o novo coronavírus». <https://blogbvps.wordpress.com/2020/04/13/nisun-a-vinganca-do-povo-morcego-e-o-que-ela-pode-nos-ensinar-sobre-o-novo-corona-virus-para-els-lagrou/> Recuperado el 22 de abril de 2020.
- Luhmann, Niklas. *A realidade dos meios de comunicação*. São Paulo: Paulus, 2005.
- McCombs, Maxwell E. *Estableciendo la agenda: el impacto de los medios en la opinión pública y en el conocimiento*. Madrid: Paidós, 2006.
- McCombs, Maxwell E. & Shaw, Donald L. «The Agenda-Setting Function of the Mass Media». *Public Opinion Quarterly*, v. 36 (2), 1972, pp. 176-187.
- Messias, Adriano. *Todos los monstruos de la Tierra: bestiarios del cine y de la literatura*. Madrid: Punto de Vista Editores, 2020.
- Nöth, Winfried. «Virus semiosis. A guest comment by Kalevi Kull, University of Tartu/Estonia, Department of Semiotics». <https://transobjeto.wordpress.com/2020/06/29/virus-semiosis/> Recuperado el 30 de junio de 2022.
- Osterholm, Michael & Olshaker, Mark. *Inimigo mortal: nossa guerra contra os germes assassinos*. São Paulo: Intrínseca, 2020.
- Osterholm, Michael & Olshaker, Mark. *Deadliest Enemy: Our War Against Killer Germs*. Nova York, Hachette Group Book, 2020a.
- Osterholm, Michael & Schwartz, John. *Living Terrors. What America Needs to Know to Survive to Coming Bio-terrorist Catastrophe*. Nueva York: Delta Publishing, 2001.
- Shah, Sonia. *The Fever. How Malaria Has Ruled Humankind for 500,000 Years*. Nueva York: Picador, 2010.
- Shah, Sonia. *Pandemic: Tracking Contagions, from Cholera to Ebola and Beyond*. Nueva York: Picador, 2016.
- Shah, Sonia. *The next great migration: the beauty and terror of life on the move*. Nova York: Bloomsbury Publishing, 2020.
- Schipani, Andres & Foy, Henry *et al.* «The ‘Ostrich Alliance’: the leaders denying the coronavirus threat». *Financial Times*. Londres, 16 de abr. 2020. <https://www.ft.com/content/974dc9d2-77c1-4381-adcd-2f755333a36b>. Recuperado el 25 de mayo de 2022.
- Walsh, Bryan. «The World Is Not Ready for the Next Pandemic». *Time*. 4 de mayo de 2017. <https://time.com/magazine/us/4766607/may-15th-2017-vol-189-no-18-u-s/> Recuperado el 6 de mayo de 2022.

